

misma, que comenzaba á insinuarse un poco de laxitud en su sentimiento hacia Poyanne; y de un poco de laxitud á mucho fastidio, el paso es tan rápido como rápido es el de un poco de curiosidad á mucha coquetería.

Pero ¿podremos desenredar nunca la madeja de mil hilos que se cruzan en nuestro pensamiento detrás de las frases de nuestras cartas, cuando escribimos á alguien que nos tiene muy cerca de su corazón?

Cuando Julieta, media hora más tarde, hacía parar su carruaje delante del buzón de la calle de Montaigne para deslizar por sí misma la carta en correos, no sospechaba por cierto lo que significaba en el fondo, muy en el fondo, su graciosa prosa, ni más ni menos que la señora de Candale no sospechaba la funesta importancia que su invitación improvisada iba á tener en la existencia de su amiga más querida.

II

El desconocido.

La señora de Tillières tenía costumbre, cuando no comía en su casa, de hacer su *toilette* muy temprano, á fin de asistir á la comida de su madre, si ella no podía compartirla; porque la señora de Nançay conservaba, como recuerdo de sus treinta

años de provinciana, el principio de sentarse á la mesa á las siete menos cuarto en punto.

El comedor del primer piso, donde no cabían más de diez personas, era de las dos mujeres; aquella madre que adoraba á su hija por su hija y no por ella misma (raro sentimiento, lo mismo en las madres que en las hijas) se había dedicado á organizar el interior de la casa de manera que las dos existencias apareciesen reunidas, pero independientes.

Ella tenía su cuarto, su salón, sus criados, su distribución de horas; levantábase en todo tiempo á las seis, para oír misa en el cercano convento, y se recogía á las nueve de la noche; quería que Julieta gozase de tanta libertad como si viviera sola y protegida, y en el exceso de su abnegación se querellaba de aceptar la prueba de cariño que le daba la señora de Tillières siempre que ésta salía de casa.

Aceptábala, no obstante, comprendiendo que, sin tales condiciones, Julieta, que salía pocas veces, no saldría nunca; y además, ¡era un goce tan exquisito contemplar á su hija en toda la elegancia de su traje! ¡Pasaban las dos algunos minutos en intimidad tan dulce y tierna!

Rara vez presenciaba la escena una tercera persona; en los primeros días de la época en que Poyanne hacía la corte á Julieta, él inventaba siempre algún pretexto para acariciar con su mira-

da aquel delicioso cuadro de familia; mas luego que sus relaciones con la señora de Tillières habían cambiado, experimentaba cierto pudor en afrontar la mirada de la señora de Nançay.

Aquel sereno tribuno, famoso por su sangre fría en medio de asambleas hostiles, sentíase allí, ante las dos veneradas mujeres, como presa de la angustia aprensiva que un secreto culpable hace brotar en las almas rectas, y temía los claros ojos azules, demasiado inteligentes, de la señora de Nançay, ojos de anciana medio sorda y una prenda de juventud de un rostro pálido y marchito.

Aunque tenía sesenta años, la señora de Nançay representaba diez más, porque sus penas y las de su hija habían emponzoñado en ella todos los mantedales de la vida; perdió, golpe tras golpe, á su marido y sus dos hijos en el año anterior á la trágica viudez de Julieta, y, madre dolorosa, que visiblemente habitaba en pensamiento con sus muertos queridos, reanimábase con alegría y emoción dulcísima cuando tenía cerca de sí á su última hija, engalanada, sonriente, acariciadora, como en los momentos que precedieron á la marcha de la señora de Tillières para comer con la señora de Caudale.

En aquella tarde Julieta vestía un traje de encaje negro sobre falda de moaré rosa, con lazos de igual color; en sus cabellos cenicientos y en sus diminutas orejas resplandecían ricas perlas; su cor-

piño, apenas escotado, permitía ver el principio de su garganta y de sus torneados hombros, y se destacaba su flexible cuello y dibujaba la esbeltez de su busto.

Así vestida, tenía mezcladas las gracias de una señorita con las de una mujer.

Sus brazos, medio desnudos, y sus bellas manos, cargadas de anillos, ocupábanse incesantes en algún detalle del servicio á su madre, ya llenando las copas, ya preparándola el pan ó escogiendo la fruta madura; mientras la prestaba estos delicados cuidados, sus ojos brillaban y su cutis de rubia estaba más sonrosado que de costumbre.

Su madre contemplaba con delicia la expresión alegre de su fisonomía, y adivinaba desde la primera mirada si su Julieta se disponía á sufrir ó verdaderamente á divertirse, y esta diversión la representaba las probabilidades de un nuevo matrimonio para aquella hija á quien tendría que dejar sola demasiado pronto...

Y he aquí por qué, después de callar algunos minutos, la dijo con la voz clara y alta de los sordos, y llevándose una mano temblorosa á la oreja para oír mejor la respuesta:

—Tengo como deseos de estar celosa de Gabriela, porque observo que gozas con ir á su casa esta noche. ¿Quién más estará allí?

—Muy poca gente—respondió la señora de Tillières, conociendo que se ruborizaba.—Varios ca-

zadores de la sociedad de caza de Candale. Me ha invitado sólo para hacerla compañía.

—Y, sin embargo, el ejemplo de ese matrimonio es el que te impide volverte á casar—dijo la señora de Nançay, moviendo la cabeza, y añadió con melancolía:—¡Pobre mujer! ¡Tan valerosa, y sin hijos!

—Sí—respondió Julieta.—¡Tan valerosa!

Y el brillo de sus ojos palideció un momento con el pensamiento de la secreta pena que roía la vida de su amiga.

Luis de Candale, siendo aún soltero, fué amante de una señora Bernard, mujer de un rico industrial, en la que tuvo un hijo; y casi inmediatamente de su matrimonio reanudó aquellas relaciones casi públicas, que fueron soportadas por la condesa más de diez años con altiva resignación.

Un detalle lo demostrará: toda la fortuna la pertenecía, y la noble mujer no quería que el último de los Candale estuviese reducido á vivir de una pensión mendigada á la esposa ultrajada; y, además, ella tenía la esperanza de un hijo, un hijo de aquel nombre histórico al que había consagrado el más romántico de los cultos.

La señora de Tillières, que conocía esta triste historia por las confidencias de Gabriela, añadía completando la frase de su madre:

—¡Ah! ¡Creo que yo no tendría nunca tanta paciencia!

—¡Vamos!—respondió la señora de Nançay.— ¡He hecho mal en recordarte cosas tan tristes! Ya estás como no quiero verte, ¡sombria! Déjame ver tu sonrisa antes de marcharte y ponte alegre como estabas antes. ¡Era yo tan dichosa admirándote! Lo menos hace seis meses que no había visto tus ojos tan brillantes...

* * *

—¡Querida mamá!—pensaba Julieta un cuarto de hora más tarde, mientras su berlina la llevaba hacia la calle de Tilsitt, donde habitaban los Candale.—¡Querida mamá! ¡Cuánto me quiere! ¡Y cómo sabe leer en mis ojos! Pero ¿será verdad que que esta comida en casa de Gabriela me alegra como á un niño? ¿Por qué?

¡Sí! ¿Por qué? Esta pregunta, que no se había hecho, ni después de la conversación con su amiga, ni después de escribir el billete á Enrique de Poyanne, apoderóse de ella súbitamente á consecuencia de la observación de su madre y desde el momento en que se hubo sentado en el cojín del coche.

Este es el sitio donde las mujeres reflexionan más profundamente, por lo mismo que en él están más aisladas (y lo conocen), más defendidas contra la vida que palpita alrededor de ellas.

Diez minutos (los diez minutos que separan la

calle Matignón de la calle de Tilsitt) habían sido bastantes en otras ocasiones para que la señora de Tillières analizase detalladamente los incidentes, por leves que fueran, acaecidos en un sarao; pero entonces hubiera necesitado horas y horas para descomponer el trabajo que se operaba en su mente desde su conversación con Gabriela.

El germen de curiosidad que primero depositó en ella el nombre de Casal había fermentado, por decirlo así, en la soledad, en un ensueño, porque toda la tarde, y en medio del movimiento maquinal de sus ocupaciones, habíala embargado el espíritu, recogiendo, sin ponerse en guardia, las imágenes que flotaban alrededor de aquel nombre.

Hay en el corazón de toda mujer cierta cantidad de interés al servicio de un hombre que sea capaz de hacerse amar así, casi hasta la muerte; y este misterioso interés se había manifestado otras veces en la señora de Tillières, quien se acordaba de haber experimentado por la mujer abandonada una piedad infinita y de haberse preguntado: «¿Qué puede tener este hombre para que ella le siga hasta deshonrarse?»

Casal poseía, para excitar esta curiosidad singular de la señora de Tillières, el poder de seducción que ejercen los libertinos profesionales sobre muchas mujeres honradas; y Julieta, teniendo un amante, por razones morales había sabido guardar todas las delicadezas de mujer honrada, aun en la

irregularidad de una situación que ella y Poyanne consideraban como un matrimonio.

Esta fascinación que proyectan los don Juan sobre las Elviras ó las Ineses ha sido indicada muchas veces y siempre deplorada, pero es un problema todavía insoluble: unos quieren ver en ella el *pendant* femenino de la locura masculina que un misántropo ha denominado *redentorismo*, ó sea el deseo de rescatar á las cortesanas por el amor; otros la diagnostican juzgándola vanidad de mujer, porque toda mujer honrada, haciéndose amar por un libertino, ¿acaso no tiene el vano orgullo de elevarse sobre innumerables rivales y sobre aquellas que su virtud la presenta como odiosas?

Quizá tendríamos la solución de este enigma admitiendo que existe una especie de ley de saturación del corazón; nosotros no tenemos sino capacidad limitada para recibir impresiones de cierto orden, y esta capacidad colmada, hay en nosotros verdadera impotencia para admitir impresiones idénticas y vehemente necesidad de impresiones contrarias.

Un hecho puede corroborar esta hipótesis; esa atracción del libertino comienza en las mujeres honradas hacia los treinta años, y cuando la vida virtuosa les ha donado ya todas sus severas alegrías.

Sin duda la señora de Tillières, cuando llegó á París después de la guerra, viuda y joven, embriagada de dolor y de orgullo, habría experimentado

una antipatía inmediata por aquella personalidad de Casal, que la preocupaba más, de minuto en minuto, desde hacía algunas horas.

Á través del torbellino de sus pensamientos *crystalizaba*, según la espiritual expresión de moda, y sin dudar de ello, hacia aquel hombre con quien iba á pasar la velada, y se creyó sincera respondiendo al «¿por qué?» tan valerosamente formulado: «Porque tengo curiosidad de conocer á ese hombre á quien Gabriela estima tanto, á pesar de su mala fama, y nada más.»

Y añadió para justificarse de lo que ella sentía:

—¡Siempre la historia del fruto prohibido!

Pero de todos modos su afán habría quedado perfectamente invisible para el observador más perspicaz cuando ella se apeó del carruaje en el patio del hotel de los Candale, al oírla decir á su cochero con voz serena y firme:

—¡A las once menos cuarto!..

Y candor tan pacífico expresaba su misterioso rostro, á su entrada en el salón, donde estaban ya reunidos los invitados, que, cuando se le nombró aquel por quien definitivamente había aceptado la invitación, apenas hizo apariencia de saludarle.

Casal se inclinó con la misma indiferencia, y de tal modo, que Gabriela, ocupada en guiar el ojo al uno y á la otra, recordó un sermón de Poyanne ante la frialdad de su amiga, y acercándose á ella, la dijo en voz baja:

—Vamos, ¿cómo le encuentras?

—¡Pero si no le encuentro!—contestó sonriendo la señora de Tillières.—Es un guapo mozo... ¡como hay tantos!

—¡Ya te había dicho yo que ese no es tu género!—replicó la señora de Candale.—Te advierto que le pongo á tu lado en la mesa, pero á tiempo estás para cambiar de sitio...

—¿Por qué?—respondió Julieta, moviendo graciosamente la cabeza.

Gabriela no insistió.

Sin embargo, aquel exceso de indiferencia no la pareció muy natural, y tenía razón; las dos mujeres eran muy amigas, mas lo que distingue la amistad entre las mujeres de la amistad entre los hombres es precisamente que esta última no podría subsistir sin una confianza absoluta, mientras que la otra se pasa muy bien sin ella.

Una amiga no cree al pronto lo que le dice su amiga, y esta sospecha recíproca no les impide, ni á una ni á otra, amarse tiernamente.

En realidad, ningún hombre había impresionado tanto á la señora de Tillières, desde su regreso á la sociedad, juzgando por la sacudida espontánea que sintiera, la cual sorprendió á la primera mirada el antiguo amante de la señora de Corcieux; y, por otra parte, Casal tenía suficientes dotes para herir fuertemente una imaginación algo romancesca, aun sin trabajo preliminar de espíritu.

Aquel joven realizaba plenamente el contraste enigmático entre su fama y su persona, sobre el que tanto había insistido la señora de Candale, produciendo un vago desvanecimiento en Julieta; no era, por ningún concepto, el «guapo mozo, ¡cómo hay tantos!» según ésta dijo, con desdeñosa hipocresía, y no se asemejaba tampoco á la imagen desagradable que ella conservaba de él, desde que le vió, en otro tiempo, apoyado de codos en la balastrada de un palco del Círculo, con una especie de estúpida insolencia.

Hay una edad de apogeo para todas las fisonomías, una época única en que dan la total extensión de su expresión, y este período coincide con el de la segunda juventud: Casal tenía treinta y siete años, y las fatigas de la vida de placer, que extenuan á los linfáticos y congestionan á los sanguíneos, esas exorbitantes fatigas de día y de noche, le habían afinado y como espiritualizado.

Estaban impresas en su rostro, en ciertas señales que hacían creer en una íntima y noble melancolía; su cutis presentaba el carácter de una palidez ardiente, uniforme, en la cual no dejaban estigma alguno, ni los excesos de veladas en el juego, ni los días de caza con el constante azote del aire; sus cabellos, cortados á rape, y todavía muy negros, demarcaban una frente cuadrada y como partida en dos por la línea de la voluntad que empezaba á alargarse hacia las sienes; muchas ilusiones, al pa-

recer, había en aquella frente, como tristeza indicaban las arrugas de los párpados y sagacidad penetrante las pupilas de un verde muy claro, tirando á gris; nariz recta y barba sólida, firme, completaban el vigor de aquella máscara, un poco demacrada, en la que se disimulaba la sensualidad de la boca por un bigote castaño, casi rubio.

Casal había aprovechado el pretexto de un viaje á las Indias para cambiar de peinado y hacerse afeitar la barba, en la que aparecían ya algunas hebras plateadas, y sus mejillas, así libres de todo, se mostraban con ese pliegue de amargura que hace traición al desencanto del hombre que ha gozado de todo.

Aquel rostro era al par joven y viejo, enérgico y lánguido, y sus facciones excluían cualquier idea de vulgaridad; debía de parecer increíble que tal fisonomía perteneciese á un vividor profesional, aunque el cuerpo, esbelto en su robustez, revelase el hábito de un ejercicio cotidiano.

Su traje, demasiado elegante, expresaba el atildamiento pueril, después de los veinticinco años, de un príncipe de la moda; mas él aparentaba ocuparse poco en la elegancia, porque ésta emanaba, por decirlo así, de todo su sér, como si hubiese sido creado tal, hecho por la naturaleza, para vestirse bien, para existir de aquel modo y no de otro.

Su conjunto, en suma, era á la vez lindo y varonil, afeminado y enérgico: por lo mismo se ex-

plicó inmediatamente la señora de Tillières por qué ese hombre había inspirado pasiones casi trágicas en una sociedad caprichosa y frívola, y por qué otros hombres, y entre ellos Poyanne, alimentaban contra él particular animosidad.

El exterior de Casal debía de producir una humillación constante á la mayoría de los hombres que se encontrasen en su presencia, y de todas las vanidades masculinas, la vanidad física es la más apasionada y verdaderamente celosa.

—Lo positivo es que no se parece á los otros.

Esta frase, que contenía todo un germen de ideas, pronunciábasela mentalmente la señora de Tillières un cuarto de hora más tarde, y era resultado de uno de los exámenes en que las mujeres más distraídas sobresalen, apenas dirigen algunas miradas á cualquier hombre.

Ellas saben en seguida cómo son vuestros ojos y vuestros dientes, las manos y los cabellos, los ademanes y los movimientos, el humor y la educación; y lo saben mucho antes que vosotros sepáis si ellas os han mirado una vez siquiera.

La comida fué anunciada, y Candale ofreció el brazo á Julieta para pasar al comedor del primer piso, reservado para las recepciones de cierta etiqueta; y aunque aquel salón estaba amueblado de igual manera que el del piso bajo, para servir de marco á escenas de conversación íntima, de *flirtation*, un detalle revelaba allí el carácter de la con-

desa, que pertenecía á lo que se puede llamar «sección de los Campos Elíseos» en el *Faubourg Saint-Germain*, y era que reuníase en ella, á la más antigua nobleza, el gusto del *chic*, la elegancia más moderna, con todos esos matices de buena sociedad que no permitían confundirla sencillamente con las mujeres ricas, nada más que ricas.

Ella, por ejemplo, había hecho cubrir su *panneau* del comedor con uno de los diez tapices que el duque de Alba regaló al anciano mariscal de Candale cuando éste fué recibido por aquel gobernador español en secreta embajada, tapicería soberbia, tejida en Brujas, que representaba una marcha de lansquenets á través de un bosque, y en cuyo ángulo superior de la derecha una inscripción recordaba al ilustre donante y un escudo de armas al orgullo nobiliario del agraciado.

Las mujeres como Gabriela anhelan brillar al mismo tiempo como sus rivales de la alta banca, y distinguirse de ellas; sin embargo, cifran todo su orgullo en su nobleza, como si esta nobleza fuese de la víspera, y esto constituye una de las mil formas del conflicto existente cien años hace entre la Francia antigua y la nueva Francia.

Tales son las inconsecuencias de una época en que las pretensiones más rígidas van á chocar contra irresistibles necesidades de costumbres; sentábase á la mesa Gabriela de Candale, casada con su primo De Candale, tan auténtico noble como

29777

ella, y á su lado estaban la duquesa de Arcole, su hermana, casada con el nieto de un mariscal del Imperio, y el nieto del famoso banquero israelita de Viena, el señor Alfredo Mosé, y también el vizconde de Prosny, descendiente de una familia que, en rigor, podía tratarse de igual á igual con la del gran mariscal de Candale.

Luis de Candale, marido de Gabriela, tenía la pasión de la caza, y por considerable que fuese la fortuna de su mujer para satisfacer su gusto hereditario y alternar con los primeros títulos de Francia, necesitaba aceptar algunos préstamos en el *Club*; así aconteció que Mosé, cuya única preocupación era la vida elegante, habiendo conseguido forzar la puerta del *Jockey Club* por medio de una diplomacia de diez años, llegó á ocupar un puesto muy importante en los negocios de Candale, para que fuera tratado como amigo por su asociado y por la mujer de su asociado.

La condesa, muy cristiana, muy inteligente y muy justa para caer en el fanatismo antisemítico, afectaba, no obstante, ser hostil á los extranjeros, á fin de no recibir á su enemiga la señora Bernard, *née* Hürtrel, de las Hürtrel de Bruselas, y se disculpaba de la contradicción en que incurría admitiendo á Mosé entre sus íntimos por el hecho de presentarle como una excepción, y nada más, elogiando de pasada á aquel camarada del conde por su discreción, su exquisita galantería, su generosi-

dad, en fin, de que ofrecía brillantes pruebas en todas las obras de beneficencia.

Y estos elogios eran merecidos, porque Mosé, aquel hombre rubio, calvo á los cuarenta años, con ojos muy finos en un rostro afeminado y pálido, poseía en el más alto grado la facultad de seguir imperturbable el camino emprendido, lo que constituye el secreto de la fuerza en la raza israelita, cuyo tipo él conservaba á pesar de su bautismo.

Pero si algún filósofo hubiese entre aquellos comensales, ¿no experimentaría intensa expresión de la ironía inherente á los hechos, en viendo á un descendiente del pueblo más perseguido de la historia sentado bajo una tapicería que donó un furioso perseguidor á otro perseguidor no menos furioso? ¿Y no se prestaba también á punzante ironía el ver á la duquesa de Arcole usando de vajilla inglesa en una mesa servida á la inglesa, cuando el primer duque de Arcole se hizo célebre por su rencor implacable contra el pabellón británico y por su cartel de desafío á Hudson Lowe?

Muchó habríase asombrado el mismo señor Mosé mientras gustaba la crema de espárragos del *potaje*, si se le hubiera recordado que el viejo mariscal le habría quemado, probablemente, con sus propias manos; como se hubiera asombrado la señora de Candale si se la hubiese demostrado que la acción de colocar á Casal al lado de Julieta no era absolutamente digna de una mujer honrada; como se

habría asombrado la misma Julieta haciéndola comprender que su indiferencia, cada vez más señalada hacia su vecino, disimulaba un interés cada vez más vivo y creciente.

La comida comenzó por comentarios de toda especie sobre el accidente de carruaje de que había sido víctima la señora de Candale, y luego, como los cazadores no saben hablar diez minutos seguidos sin que entre en juego su pasión favorita, la conversación recayó sobre accidentes de caza, y pasó bien pronto á discusión sobre las armas.

D'Artelles, con su rudo aspecto de nieto de un campesino, tiraba con tanta precisión como Candale, pero de otra manera, porque había en él como una huella de cazador furtivo, mientras que el gusto del conde Luis era la caza á la carrera, la bestia obligada, la fiesta señorial de la trailla.

Por centésima vez discutían acerca de estas dos clases de *sport*, complaciéndose en recordar las cazas memorables, y oíanse allí frases como éstas:

—¿Recordáis, D'Artelles—decía Proсны—aquella asombrosa cacería, con los grandes duques, en la Croix-Sant-Joseph? ¿Cuánta aves matamos aquel día?

—Tres mil—respondió D'Artelles.—Y ved mi suerte: yo no tenía pólvora de bosque.

—Felicitaos de ello—interrumpió Mosé—porque destroza las escopetas... El otro día cazamos con el joven La Môle...

—¡Qué buen tirador es La Môle!—exclamó Candale.

—¿Cómo podéis afirmarlo?—replicó Proсны.—Todo lo más es una segunda escopeta... ¿Conocéis á Strabane?

—¡Strabane, Strabane!—repitió D'Artelles moviendo la cabeza.

—¡Ah!—insistió el otro.—¡Si le hubiereis visto, como nosotros, matar seis garzas en un mismo vuelo! Dos de frente, dos al «tiro del rey» y dos por detrás...

—¡Diablo!—dijo Mosé.—Como que todas las mañanas se ejercita delante de un espejo en recibir sus tres escopetas sin volverse, y sus criados se las pasan...

—Entonces necesitará llevar consigo dos hombres para conducir sus tres armas... ¿Y llamáis á eso cazar?—interrumpió Proсны.

—Pero decid, Candale—interrumpió Proсны—¿este Jerez es el que os ha cedido Desforgues? ¡Excelente Jerez!

La señora de Arcole escuchaba estas frases, cien veces oídas, con plácido silencio, y Julieta cumplimentaba á Gabriela por las hermosas flores que cubrían la mesa: en medio, en florero de plata, se alzaba un soberbio ramo de lilas blancas, rosas amarillas y preciosas orquídeas, y otras orquídeas de color de malva con finos corazones de terciopelo violado guarnecían cuatro floreros, enlazándo-

los todos un tapiz de violetas rosas; bajo este delicioso parterre, el blanco mantel, la fina cristalería y la vajilla de plata formaban como un brillante bordado; bujías con pantallitas color rosa inundaban la mesa de luz más viva que la del salón, permitiendo abarcar de una mirada todos los accesorios y detalles, desde los platitos de manteca al lado de cada comensal hasta las graciosas figuritas cinceladas de las piezas centrales del servicio, el cual suponía á la vez una enorme fortuna, una herencia secular de aristocracia y un gusto exquisito, primordial, en la elegante señora de la casa.

Precisamente cuando Julieta elogiaba aquella hermosa combinación de flores y objetos de arte, Casal levantó la cabeza: su rubia vecina acababa de decir en voz alta lo mismo que él pensaba en tal momento, y situado entre la charla de los cazadores y las frases cambiadas, á través de la mesa, por las dos amigas, no había pronunciado veinte palabras desde el principio de la comida.

Casal había aprendido á ver, acción tan sencilla y, sin embargo, tan rara, que él sólo con la señora de Tillières, entre todos los convidados, gozó de la deliciosa decoración de los objetos que les rodeaban y se ofrecían á su vista.

Había también observado la armonía de *toilette* de las tres señoras: la señora de Candale, vestido rojo con oro viejo en sus pendientes; la señora de Arcole de blanco, con su languidez expresiva, su

cabellera de negro mate, sus ojos de color castaño claro; Julieta, con su cabellera rubia cenicienta y la gracia de un vestido sonrosado bajo el negro encaje.

Después de la frase que le hizo levantar la cabeza, Casal empezó á mirar á su vecina más atentamente que lo había hecho desde su presentación, y en este primer momento, mientras ella se estremecía de curiosidad, él la juzgó como linda mujer, pero casi insignificante.

Las mujeres que poseen más encanto delicado que radiante hermosura, arriesgan mucho cuando son desconocidas desde el primer momento; asemejarse á finos paisajes por los que el *tourista* pasa rápidamente para buscar otros nuevos.

Analizando á la señora de Tillières con la mirada respetuosamente indiscreta en que los libertinos bien educados envuelven á las mujeres, Casal reconoció que el talle de su vecina era esbelto y flexible; que el nacimiento de los hombros, los brazos y la línea de la nuca indicaban irreprochable perfección de formas; que los rasgos del semblante, en fin, eran también de una delicadeza casi ideal.

Otro cualquiera se hubiese dicho al punto: «¡pero si esta mujer es lindísima!...» y habria comenzado á hacerla la corte; pero Casal, observador, después de la comprobación física debía ahondar y escudriñar hasta el carácter.

Él poseía, con un dominio de futilidades, el dón

precioso de ir siempre recto á lo esencial: un advenedizo entraba en el Círculo, ya viniendo de provincias, ya de América, ó bien fuese inglés, ruso ó argentino, y Casal os diría en seguida todo lo que aquel extranjero «tenía en su vientre,» según la admirable fórmula de *argot* creada en París con relación á los advenedizos, tratados allí como las niñas curiosas tratan á sus muñecas: abriéndolas con una tijera, y arrojándolas después al suelo.

Y he aquí el problema que se presentó á su sagaz mirada, cuando la señora de Tillières atrajo su atención: «¿qué hay justamente, exactamente, en esta mujer?»

Y quizás pensó en que aquella mujer, como él la llamaba en su pensamiento, quizás algo irreverentemente, valía por lo menos el trabajo de ser estudiada.

Este estudio, comenzado en el momento en que el *maitre d'hôtel* ofrecía á la sensualidad de los convidados un *magnun* de Cos d'Estournel, reveló en primer lugar á Casal una agitación extraordinaria en la joven; y así la juzgó por los bruscos saltos de ideas que ella había dado en su conversación con Candale y con la Condesa; y concluyó dos cosas: una, que bajo aquel exterior dulce, con sus cabellos de rubio pálido, su transparente cutis y sus ojos de azul claro, la señora de Tillières era de impresiones vivas, una apasionada siempre en actitud de disimular y de reprimirse; otra, que había en la

mesa alguna persona por quien se interesaba en extremo.

Y en un segundo pasó revista á los presentes.

¿Era por Candale? No, porque ella le hablaba muy alegremente. ¿Por d'Arnelles? No, porque él lo habría sospechado antes, y no pasaría tantas noches entre los bastidores de la Ópera. ¿Por Prosný? No, porque aquel *gourmet* vizeconde se envanecía él mismo de haberse *licenciado* desde hacía años. ¿Por Mosé? No, porque la señora de Arcole, á quien él cortejaba oficialmente, no había cambiado con la señora de Tillières una sola de esas miradas significativas que jamás economizan las mujeres celosas.

¿Quién faltaba ya, sino el mismo Casal?

Y el joven, á pesar de sus éxitos, y tal vez á causa de ellos, no era muy vanidoso ni demasiado modesto: creíase perfectamente capaz de inspirar una pasión más que un capricho; pero creía también que pudiera desagradar hasta hacerse antipático, y aun admitía, lo que prueba el temple de su buen sentido, que podría pasar inadvertido.

Esto dependía de la mujer misma y del momento de su existencia; luego ¿en qué crisis de su existencia sentimental se encontraba la señora de Tillières?

He aquí lo que el más indagador examen no podía enseñar á un parisiense que sólo tenía, para adquirir informes, cuatro palabras como las que había escuchado por casualidad:

—¿La señora de Tillières? Mujer encantadora, distinguida, sencilla...

—Vamos, querido, ¡es una insoportable cómica! O bien estas otras frases:

—¡Hay en el mundo mujeres honradas! Ved una en la señora de Tillières: ¿la conocéis un amante?

—¡Bah! Es una hipócrita que sabe ocultar su juego mejor que las otras. ¡Y nada más!

Y Casal concluyó, después de su meditación:

—Si soy yo quien ocupa su pensamiento, me colocaré como en la esgrima: á ver venir.

Esto era prudente, en efecto, y tanto más cuanto que la señora de Tillières había oído hablar de él de un modo muy severo; Casal conocía exactamente su situación personal para dudar de ella.

Julieta, que también quería *ver venir* á su vecino, decidió que la comida no terminase sin que ella pudiera intentar siquiera la averiguación de lo que existía detrás de la seria máscara de aquel hombre, hacia el cual sentíase continuamente atraída, y presentó de repente una cuestión destinada á hacerle hablar.

—¡Creedme, si queréis!—acababa de decir Prosnny, excitado ya por el vino á pasar los límites de los cuentos verosímiles.—He conocido en Normandía un cazador furtivo que no tenía brazos... ¡Si, señores! Su hijo le cargaba la escopeta y la ponía sobre una piedra, y aquel hombre la disparaba con

los pies... ¡Y á fe que mataba un conejo como cualquiera!

Y cuando todos los comensales se burlaban de aquella fantástica anécdota que el normando Prosnny confirmaba con su delgado y rojo semblante, la señora de Tillières, volviéndose hacia Casal, le dijo con voz algo turbada:

—Y vos, caballero, ¿no tenéis que contarnos sucesos extraordinarios como los de estos señores?

—¡Dios mío, señora!—respondió el joven sonriendo.—Es que hay pocas historias de caza, siempre las mismas, y se refieren muy pronto... Pero confieso que no conocía la que acaba de contarnos Prosnny, la cual pasa un poco de lo permitido... Hay que perdonar, sin embargo, á los cazadores sus gasconadas, pensando en que la pasión de la caza representa una vida sana y natural en nuestra existencia ficticia y convencional de seres civilizados...

—¡Declaro—interrumpió Julieta—que no comprendo lo sano y natural que hay en apostarse diez ó doce hombres en un bosque para fusilar á boca jarro inocentes conejos ó faisanes!

—En primer lugar, señora—dijo Casal—que esa caza es únicamente un principio, un ensayo de caza: se adquiere el gusto para otra más difícil, y yo he visto camaradas míos, ¡no muchos, no!, que han empezado de ese modo para concluir cazando tigres en la India, búfalos en Africa y panteras en

Turquestan. ¿Creéis, señora, que tres amigos míos han tenido valor para ir á las fronteras de China en busca de una fiera alimaña de que habló el insigne Marco Polo, la *Ovis Poli*, y que la han encontrado y la han matado?

—¿Y vos también habéis concurrido á esas grandes cacerías?—preguntó Julieta.

—A varias... las más fáciles—respondió Casal.—He estado en la India y he matado media docena de tigres, como allí hace todo el mundo... Pero guardo de aquel viaje impresiones especiales: cuando se ha visto muchas veces, desde los balcones del Círculo, la salida del sol, se siente un contraste embriagador al ver otras auroras encaramado sobre un elefante y atravesando por alguno de los anchos ríos de aquel país, que corren como encendidos bajo un cielo que se inflama. ¡Os juro que en tales momentos me ha parecido mezquina la vida de *club* y de fiesta que se pasa en París!

—Y entónces, ¿por qué la pasáis vos?—interrogó ella.

Y había sido tan vivo en ella, durante algunas palabras de Casal, el estremecimiento que imprime en toda mujer la sensación del valor personal del hombre, que Julieta dejó de disimular por un segundo, y su pregunta la sorprendió á ella misma, haciéndola ruborizarse ligeramente.

Pero él tuvo la galantería de responder, moviendo la cabeza con bonachona franqueza:

—¡Tal es la eterna historia de las mujeres mal casadas, señora! Lo que se juega se pierde; se empieza por divertirse, ó cosa así, á los veinte años, porque uno es joven, y se continúa de igual modo á los cincuenta, porque no lo es...

Y reía, hablando así, con risa de niño, que era una de sus gracias.

Hay siempre algún ridículo, para un hombre como Casal, rico, independiente, bien recibido en todas partes y libre en sus acciones, en oír que ha errado su vocación; pero él, con su risa, desvanecía aquel ridículo, el cual, por otra parte, no es perceptible á las mujeres, porque las más sagaces, si tienen corazón, están dispuestas á creer á un hombre que les representara la comedia de los destinos abortados...

Habiase llegado ya á los postres, al momento habitual del aturdimiento en la conversación, que algunas copas de vino hacen casi inevitable.

El barón d'Artelles comenzó á hablar de la señora de Corcieux, sabiendo todas las personas allí presentes que era la querida de Casal, y aunque no decía nada malo, el hecho de hablar de ella bastaba para colocar al joven en una posición algo falsa.

—¿Qué diabólica idea—continuaba d'Artelles—ha tenido esa pobre Paulina, para teñirse de rubio el pelo? ¿No tiene una amiga que la haga saber que esa tintura la da diez años más, y que ella em-

pieza á no tener necesidad de esos diez años, ni siquiera de cinco?...

—Lo mismo que el viejo Bonivet, á quien vos conocéis, señora—dijo el político Mosé á Gabriela de Candale para cortar la conversación.—¿Sabíais que se tenía?

—Diréis que se enceraba—rectificó de Candale.

—Lo mismo da—replicó Mosé.—teñido ó encerado, ocultaba el secreto á todo el mundo, incluso á su peluquero... Pero el tal Bonivet cayó enfermo, su reumatismo le aprisionó los miembros, y un día que fui á verle encontréle más blanco que la nieve. «¡Cuánto he sufrido, Mosé!»—me dijo.—«¡Ya veis qué canoso estoy!»

—Eso no impide—insistió D'Artelles, agarrado á su idea—que la señora de Corcieux pueda estar bien tranquila... porque, veámos, ¿qué edad tendrá? Vos debéis saberlo, señor Casal.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, cuando el imprudente hablador conoció su indiscreción, y se puso más rojo que una amapola, en medio del silencio con que habían sido escuchadas.

Pero como Casal no podía atacar ni defender á su antigua amiga, dijo en tono natural y sencillo:

—¿La señora de Corcieux? Cuando la saludé en la Ópera, hace una semana, tenía la edad de una mujer bellísima, y Bonivet, aunque fuese par de Francia, aparecía en los sillones de la Cámara

como un hombre muy viejo y terriblemente cascado, aunque tenía la costumbre de decir: «¡Ya no hay edad, sino fuerzas!»

Todos se rieron de la ocurrencia, y la conversación cambió.

Casal encontró el medio de ser tan gallardamente espiritual, refiriendo tres ó cuatro anécdotas de su viaje al Japón, que Gabriela, cuando se levantaron de la mesa, acercóse á él y le dijo maliciosamente:

—¿Habéis hecho tanto gasto de ocurrencias felices por mi amiga? Pues quedad contento, porque la habéis agradado. ¡Id á fumar! ¿Pero vos no fumais? ¡Ah! Es que deseáis hablar más libremente con estos señores, y sorber en paz vuestro cognac... No bebáis mucho y volved pronto...

El joven sonrió, inclinándose; pero una hora más tarde la señora de Candale buscó en vano entre los hombres la varonil y espiritual figura de Casal: éste había tenido la coquetería de retirarse después de su éxito.

Ella miró á Julieta, que también hubo observado aquella retirada, y frunció sus lindas cejas; y cuando á las once menos cuarto se anunció el carruaje, la condesa, en su beso de despedida, dirigióla esta maliciosa pregunta:

—¿Te has fastidiado mucho? ¡Ya has visto que Casal vale más que su fama!

—¡Pero si apenas me ha dejado tiempo de hablarle!—respondió Julieta.

Y Gabriela pensaba, cuando su amiga desaparecía:

—¡Se ha enojado por haberse retirado tan pronto! ¡Ha sido poco hábil!

Engañábase la condesa: su amiga Julieta, mientras el carruaje la conducía hacia la calle Matignón, sólo pensaba en aquel hombre «poco hábil,» y sintió una sorpresa casi dolorosa cuando el ayuda de cámara, abriendo la puerta de la sala, dijo:

—El señor conde de Poyanne espera á la señora marquesa.

Ella le había olvidado por completo.

III

El otro.

Nada amaba tanto Julieta como las conversaciones amistosas, largas *causeries* al amor de la lumbre en horas algo solitarias; y este gusto era tan natural en ella, que entonces recibía allí, no sólo al hombre que tenía todos los derechos á su intimidad, sino también á los más platónicos de sus fieles amigos: D'Avançon, Miraut, De Jarden y Accragne, pero siempre aisladamente.

Había en esto alguna prudencia femenina, porque la repetición de tantas visitas diferentes, evitaba los comentarios de los criados.

Ella había adivinado cuánto influye sobre un

hombre, en la vida frívola de París, el encanto de un salón en que se encuentra, á hora fija, una criatura joven, elegante y distinguida, que escucha atentamente y le consuela ó le consulta á su vez.

La señora de Tillières tenía pasión por las confidencias: poseía esa dulce inclinación que, transformada en pedantismo ó en vanidad, crea las Musas ó las Egerias de los hombres célebres, y que, convertida en santidad, hace las grandes religiosas.

El amor había duplicado en ella tan delicioso placer, al cual había debido las horas más dulces de sus relaciones con Poyanne. ¡Cuántas horas había pasado así, en el primer período de su afecto, y antes que ella fuese su querida, escuchándole extasiada contar las miserias de su vida!

Él narraba su infancia melancólica en la obscuridad del viejo hotel Poyanne, en Besançon, muerta ya su madre, y la severidad tan dura de su padre, que le había atormentado toda su juventud; contaba luego su matrimonio con una señorita largo tiempo amada, sus primeros celos, su vergüenza de sus propias desconfianzas, y después la evidencia de la traición; y ¡qué traición!, ¡con el amigo de la adolescencia que él más quería!

Las horas de media noche parecían demasiado cortas á Julieta para seguir aquel drama escena por escena, sentimiento por sentimiento, y luego el duelo entre los dos amigos, en que ambos que-